The background is a vibrant teal color with a dense, textured pattern of small yellow and green dots, interspersed with larger red and orange circular shapes. At the top center, a large, textured orange circle with a pinkish-red border contains the word "Leo" in a bold, black, sans-serif font. Below this circle, a simple line drawing of a person with a white face and body stands. The person has large, dark eyes and is wearing a white t-shirt with a black graphic that resembles a stylized key or a similar symbol. To the right of the person, a small, light brown deer is lying down, facing left. The overall style is whimsical and artistic.

Leo

Andrea Paola Castillo


loqueleo
SANTILLANA

Índice

No todos los libros son iguales	7
Un día muy largo	15
La tarea	19
La pradera y el zorro	29
El bosque y el gigante preocupón	37
La gran tormenta	43
Filomena la ballena	47
El tesoro	55

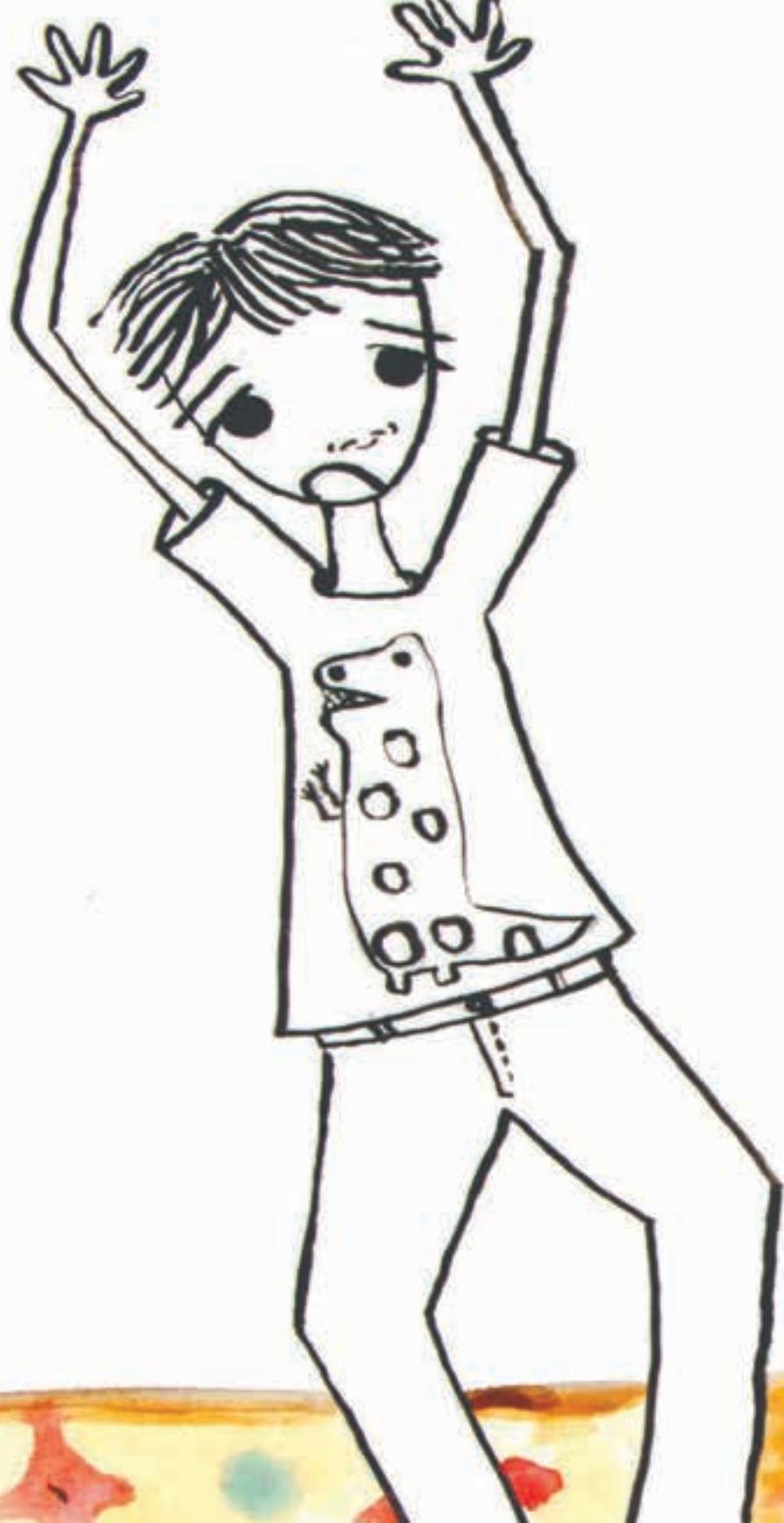
No todos los libros son iguales

Este niño es especial como todos los niños. Tan especial que resulta misterioso para muchos adultos. El nombre de este pequeño aventurero es Leo, quien, como muchos niños de su edad, también les tenía un poco de miedo a los libros.

¿Por qué crees que a Leo no le gustaba leer? No lo sé a ciencia cierta, pero se me ocurren tres posibles razones para explicártelo.

Razón número 1. La primera vez que Leo encontró un libro y lo abrió, este se asustó, pues no conocía a ningún niño.

Por supuesto, y como era de esperarse, el libro escapó.







Razón número 2. Un día, uno muy corto, Leo tomó en sus manos lo que parecía ser una caja, la corrió de un lado a otro, se paró sobre ella y trató de alcanzar unas galletas que se encontraban en la alacena.

La caja sintió el peso de Leo y súbitamente se abrió. Como era de esperarse, lo tumbó. El niño vio cómo páginas y páginas y páginas pasaban frente a él. Y es que no era una caja, sino el libro más gordo del mundo. Además, como sabía que era un día corto, Leo no se atrevió a comenzar a leerlo.

Razón número 3. El espíritu aventurero de Leo era tan fuerte que condujo al niño a la librería de Pablo, su hermano mayor, a quien le gustaba mucho leer. Pero Pablo, como otros de su edad, leía sobre selvas, guerras, marcianos y otros destrozos. Leo escogió el libro que estaba en lo más alto de la librería, pero no por su tamaño, sino

¡CUIDADO LIBRO BRAVO!



porque Pablo lo había colocado en la última repisa con un letrero que decía: «Cuidado: libro bravo». Por supuesto, para Leo esto significaba: «¡Qué esperas! ¡Tómalo!». Leo era especial como todos los niños, tan especial que resultaba misterioso para muchos adultos. E incluso para algunos jóvenes, quienes poco entendían su lenguaje. Aquellas palabras despertaron la curiosidad del niño de manera instantánea, así que acercó la escalera más alta y bajó el libro con sumo cuidado. Cuando trató de abrirlo, este lo asustó. Así entendió por qué Pablo había colocado ese letrero junto al libro.

Cualquiera que fuera la razón, como era de esperar, a Leo no le gustaba leer.



Un día muy largo

Ya dijimos que Leo es especial, como todos los niños, tan especial que resulta misterioso para muchos adultos. Un día, uno muy largo, Leo estaba repasando ciencias en casa, y de pronto se puso a pensar en un gato, en un gato arriba de un piano, en un gato gris lamiendo su pata y, por supuesto, en un gato gris cantando, mientras su mamá explicaba el apasionante tema de los...

&&&/'fig.hdndnjxcncjff,jcndndjjs.

Definitivamente, Leo no estaba concentrado. Se había distraído viendo cómo el gato se desli-

zaba por cada una de las teclas de la compu, lo miraba fijamente y le decía «miau».

—Leo. Leeeeeeeeeooooo —gritó su mamá—. ¿En qué estás pensando, corazón? ¿Por qué no pones atención? ¿Sabes qué? Vas a repasar tú solo y mañana me lo explicarás, ¿te parece? El tema será los hábitats —ordenó.

«¿Cómo? No puede ser», pensó Leo completamente estupefacto. Así se dice cuando alguien queda asombrado, sin respuesta o reacción frente a una sorpresa. Mamá había tomado la decisión de abandonar el barco sin ningún aviso, así nada más, y dejar al capitán naufragar solo, sin ningún tipo de apoyo.

Ahora Leo tendría que leer.

Esta idea no era cómoda para él, a quien por *alguna razón* no le gustaba leer. Para Leo no había principio, nudo ni desenlace —partes importantes de una historia cualquiera—. Para Leo,

la lectura solo significaba un nudo. Nada más. Así que, en todo su derecho, reclamó:

—¿Por qué? No sé por dónde empezar.

—Por el principio, Leo. Ve despacito hasta que entiendas —respondió su mamá.

—¿Por el principio?

Aquello era una locura. ¿Y si el libro lo mordía? ¿Y si escapaba? ¡Era la peor idea de todo el universo!

Sin embargo, Leo amaba a su mamá, y eso era suficiente para intentarlo.

